

Artículo para El Financiero

Circa mayo 2007.

Por: Joaquín R. del Paso.

Mal gusto (kitsch) I Parte.

I parte

En su novela *La Insoportable levedad del ser*, Milan Kundera hace una evocación del *kitsch* y lo define como un *fraude* emocional: no está mal emocionarse ante una escena que nos colma de sentimiento. Lo que es *kitsch* es darnos cuenta de nuestra propia capacidad para emocionarnos y emocionarnos otra vez con este descubrimiento. Esa segunda lágrima “publicita” ante nosotros nuestra capacidad sentimental. Ahí radica para Kundera toda la perversidad del *kitsch*.

Si tomamos como punto de partida esta original idea, que por cierto es mucho más rica y provocadora que la simple idea de traducir el vocablo *kitsch* -de origen judeo-alemán* como “**mal gusto**” nos encontraremos con que el *kitsch* es en realidad una sensibilidad y una expresión que envuelve a casi todo el siglo XX y lo que va del XXI.

Traducir literalmente el vocablo *kitsch* como mal gusto es una simpleza. Quizás porque la noción de mal gusto sea demasiado ambigua: *mal gusto* ¿Comparado con qué? Con el buen gusto obviamente. Pero... ¿Buen gusto de quién o quiénes? ¿No existe un famoso proverbio que dice: *en cuestión de gustos no hay nada escrito*? Esto obliga a plantear un acercamiento al fenómeno del *kitsch* que prescinda totalmente de esta idea.

¿Es esto posible? La idea del *kitsch* como *mal gusto* está fuertemente enraizada, y debe esta fuerza a la tarea de críticos respetables, cuya influencia ha dejado profunda huella. De los primeros críticos “serios” en interesarse y escribir respecto a este fenómeno es Clement Greenberg, crítico norteamericano de gran influencia, sobre todo a partir de la década de los años 50.

Aunque Greenberg logra esgrimir una serie de argumentos y definiciones que se sostienen todavía hoy, cae en apreciaciones que reflejan sus prejuicios y la certeza que tiene acerca de la existencia de una cultura “superior” y una cultura decididamente “inferior”, pues para él el *kitsch* es una especie de parásito que vive a expensas de la rica tradición de la alta cultura europea.

Bad taste (kitsch) Part I.

I part

In his novel *The Unbearable Lightness of Being*, Milan Kundera evokes kitsch and defines it as an emotional fraud: it is not bad to be moved by a scene that fills us with feeling. What is kitsch is realizing our own ability to get excited and excited again about this discovery. That second tear “advertises” before us our sentimental capacity. Therein lies for Kundera all the perversity of kitsch.

If we take this original idea as a starting point, which by the way is much richer and more provocative than the simple idea of translating the word kitsch -of Judeo-German origin* as "bad taste" we will find that kitsch is a sensibility and an expression that surrounds almost the entire 20th century and what is going on in the 21st.

Literally translating the word kitsch as bad taste is simple. Perhaps because the notion of bad taste is too ambiguous: bad taste compared to what? With good taste. But... Good taste of who or who? Isn't there a famous proverb that says: in a matter of taste there is nothing written? This forces us to propose an approach to the phenomenon of kitsch that completely dispenses with this idea.

Is this possible? The idea of kitsch as bad taste is deeply rooted and owes its strength to the work of respectable critics, whose influence has left a deep mark. One of the first "serious" critics to become interested in and write about this phenomenon is Clement Greenberg, a highly influential North American critic, especially from the 1950s.

Although Greenberg manages to put forward a series of arguments and definitions that are still upheld today, he falls into assessments that reflect his prejudices and the certainty he has about the existence of a "superior" culture and a decidedly "inferior" culture, since for him the kitsch is a kind of parasite that lives at the expense of the rich tradition of European high culture.